

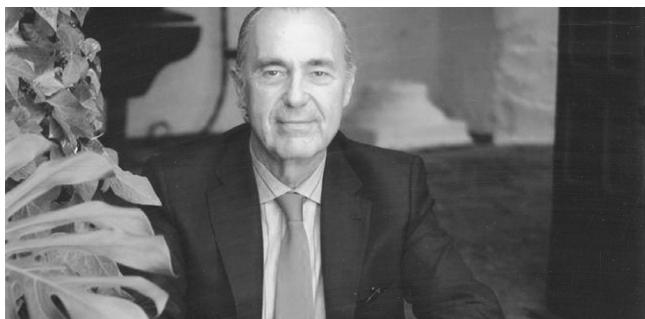
VOLVEREMOS A VERNOS

Una antología poética de
Luis Alberto de Cuenca
1972/2018

Edición y selección
de Jesús Urceloy

VOLVEREMOS A VERNOS

VOLVEREMOS A VERNOS



ARS  POETICA

VOLVEREMOS A VERNOS

Una antología de Luis Alberto de Cuenca

1972/2018

Edición y selección de
JESÚS URCELOY

colección

| BEATUS ILLE |

ARS POETICA
boutique de poesía

Volveremos a vernos
Luis Alberto de Cuenca

Colección: BEATUS ILLE
Dirección editorial: Ilia Galán

Fotografía de cubierta: Miguel Palop

© 2018 Luis Alberto de Cuenca
© 2018 Jesús Urceloy (de la edición)
© 2018 ARS POETICA

EntreAcacias, S. L.
[Sociedad editorial]
c/Palacio Valdés, 3-5, 1ºC
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)
Tel. Administración: (+34) 985 792 892
Tel. Pedidos: (+34) 984 701 911
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: noviembre, 2018

ISBN (edición impresa): 978-84-17691-12-7
SBN (edición digital): 978-84-17691-13-4
Depósito Legal: AS 03913-2018

Impreso en España
Impreso por Quares

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«Con tu pie izquierdo deberás
limpiar la huella de tu pie derecho.»

MARCEL SCHWOB

PRÓLOGO

Esta antología está hecha desde la amistad. El término amistad bien pudiera ser ternura, cariño, afecto y otro buen puñado de sinónimos, y la amistad que nos profesamos Luis Alberto y yo va cumpliendo más de cuarto de siglo, desde que una tarde de verano de 1992 casi tomé al asalto aquella biblioteca de Madrid que él llamaba casa.

Luis Alberto es un bibliófilo genial, que no solo atesora libros, y cuando vas a esa casa —que ahora ya es definitivamente una biblioteca— has de hacerlo con suma atención, pues cualquier movimiento inesperado por tu parte puede acabar tirando al suelo uno o varios de los talismanes que pueblan, amén de los libros, las estanterías.

Muchas veces me he preguntado qué suerte de planetas se pusieron en línea aquel día para que un muchacho entonces desgarbado, alto y gafotas venido de Carabanchel, más allá del río Pecos, vulgo Manzanares, congeniara con ese caballe-

ro del barrio de Salamanca. Los polos opuestos económicos de Madrid. Quizá cierta pasión compartida por Tennyson y su *Dama de Shalott*, algunos cómics de la *Marvel* y un amor desmedido por la buena poesía. Desde entonces nuestros encuentros en cafeterías y parques, los viajes en esos coches pequeñitos que le da por comprarse, y otras coincidencias que nos vamos forzando han hecho de nuestra amistad una especie de cinta de cometa que vamos soltando hacia el futuro.

Comencé a leer a Luis Alberto en la facultad de Filología, en la Universidad Complutense, hacia 1983. Teníamos una tertulia en la cafetería unos cuantos poetas jóvenes: Luis Fernando Blázquez, Lorenzo Silva, Gabriel Gil, Josechu García Palazón, Ángel Luis Barahona y Gonzalo Rubio. Allí compartíamos descubrimientos, rimas, versos, cervezas y café. No recuerdo quién, puede que Luis Fernando, llegó una tarde con un libro que no tardé en pedirle prestado y que a día de hoy, lo confieso, no le he devuelto. Se titulaba *Joven poesía española*, una antología de autores nuevos editados por Cátedra en 1982 bajo la tutela de Concepción G. Moral y Rosa María Pereda. Un libro al que le debo mucho de lo que hoy he escrito, pues me abrió puertas nuevas a una sensualidad desconocida que rompía y se aventuraba más allá de lo

celebrado por entonces. Y lo mejor, entre muchos y grandes poetas, encontré entre las páginas 349 y 366, a Luis Alberto de Cuenca.

Por entonces Luis Alberto había publicado unos pocos poemarios, a saber: *Los retratos* (Madrid, Azur, 1971), *Elsinore* (Madrid, Azur, 1972) y *Scholia* (Barcelona, Antoni Bosch, 1978), y de entre ellos se elegían en el libro de Cátedra unos pocos poemas, uno de los cuales no tardé en subrayar y tomar ya entre mis favoritos: «Agag de Amaleq». Este poema, perteneciente al libro *Scholia*, es el primer poema que he querido traer a esta antología. Cito el principio:

*Agag, rey de Amaleq, fuerte guerrero,
recién vencido, y perdonado, dijo
para sí, arrodillando las palabras,
como quien rinde culto a la derrota:
«Se alejó la amargura de la muerte.» (..)*

La poesía de Luis Alberto, incluido un pequeño libro o plaquette posterior titulado *Necrofilia* (Madrid, 1983), se sumergía en el clasicismo puro, sus temas nadaban entre grandes títulos llenos de erudición, en griego y en latín, nombres geniales, citas generosas, historias de cierta truculencia y versos en hexámetros, sáficos, prosas poéticas, versículos y

algunos sonetos. Como él mismo declaraba «(..) me siguen fascinando los nombres propios». La intelectualidad domina esta primera etapa de su poesía. Y un cierto humorismo que más adelante se desarrollará a placer. Por aquel tiempo se estrenaban en España un buen puñado de películas que unían lo feérico y el prodigo, la fantasía y lo poético heroico, *Excálibur* (John Boorman, 1981) y *Conan el Bárbaro* (John Milius, 1982), y a los jóvenes poetas de entonces no nos hubiera importado mucho haber participado como extras.

En el periodo entre 1979 y 1983 la obra de Luis Alberto va a encarar un giro radical que, con sus pequeños matices, perdurará hasta hoy en día. Publica un libro capital en la poesía española, *La caja de plata*. Algo radicalmente distinto no sólo a su propia obra, sino a la obra de sus coetáneos. El poeta se va al cine, se va de compras, lee un cómic, se enamora de chicas imposibles, llora de amor con humor, sueña en colores, disfruta y se entristece, trae al poema lo cotidiano con nombres propios y marcas publicitarias: se convierte en un testigo fidelísimo de sus ojos y de su tiempo y ¡oh, maravilla! utiliza versos clásicos, sobre todo el endecasílabo blanco, el eneasílabo, el octosílabo, sin despreciar excelentes sonetos, soleás, incluso seguidillas. El poeta habla de tú a tú al lector, como si estuviéramos con él en la barra de un bar

predilecto en plena confesión a altas horas de la nostalgia. La noche y la ciudad se convierten en sus aliados, y los grandes temas poéticos de toda la vida, el amor loco, el carpe diem, el pasado imposible nos llegan actualizados, en un lenguaje claro y directo, que alegra tanto al que se inicia como al erudito. Son los temas de nuestro tiempo en el idioma sutil de la cercanía y con los ritmos sagrados de la más alta erudición. Un ejemplo lleno de elementos policíacos y amores fatales, al comienzo del poema «Brillante»:

*Me dejó brocha, crema y una máquina
de afeitar en los bordes del lavabo.
Hice correr el agua fría, y dije:
«Anoche estuve a punto de violarla.»
«¿De verdad pensó en mí?», respondió ella. (...)*

La Movida, aquel estallido de libertad creativa que no ha vuelto a repetirse, también atrapa a nuestro poeta. Hay que decir, y en esto creo que no se ha hecho mucho hincapié, que *La Movida* no visitó nunca los barrios periféricos. Había que trasladarse al centro de la capital e ir vestido con la elegancia del desparpajo para entrar en las tribus de moda. Entre los muchos grupos de rock que surgieron, a Luis Alberto le vemos como letrista de *La Orquesta Mondragón*, capitaneada

por el incombustible y carismático Javier Gurruchaga. Fruto de esta colaboración, que se extendería en el tiempo hasta al menos cinco elepés, nacerían una serie de canciones emblemáticas: *Viaje con nosotros*, *Caperucita feroz*, *Champú rojo*, *Bubble-Bubble*, *Bésame tonta*, *Los tres cerditos*, *Soy especial*, *Estoy harto de ti*, *muñeca* y un larguísimo etcétera. Monstruos, asesinos, detectives, chicas fatales, el gran guiñol, el circo salvaje y el humor cítrico, colman esas canciones. Y altas dosis de incorrección política. Temas que también se mezclan y se funden en la poética futura de nuestro autor. Así comienza «Soy especial», del álbum *Bon Voyage* (1980):

*Te lo advertí:
no conozco mujer
que no me quiera a mí.*

*Puedo volar
como un pez y nadar
por encima de ti.*

*Pero el amor
no te lo puedo dar
ni con disfraz,
porque (soy soy soy) soy especial.*

Su obra desde ahora, como digo, se centra en estas propuestas, y sus cinco libros posteriores van a comulgar con este mundo lleno de juguetes. *El otro sueño* (1987) (al que le tengo un especial cariño, pues fue el primer libro suyo que me compré y que debí perder de la mejor manera posible, en las manos de alguna chica guapa), *El hacha y la rosa* (1993), *Por fuertes y fronteras* (1996), *Sin miedo ni esperanza* (2002) y *La vida en llamas* (2006). Son libros de divertimento y trabajo, llenos de genialidades y unas enormes ganas de vivir, pese a los títulos –sólo los títulos– de los dos últimos volúmenes de esta etapa. En ellos, además de la celebración y el humorismo (dice el gran poeta Enrique Gracia Trinidad que «poesía sin humor no es ni humo»), la crítica amena a situaciones y conceptos contemporáneos, o la dissertación generosa sobre los grandes géneros literarios, incluidos la novela negra y la ciencia ficción, también encontramos la tristeza de la soledad, las marcas que van entrando con las horas transcurridas, o los golpes y el dolor, como Rubén diría «de ser vivo». Recuerdo con especial emoción la noche en que me llamó para comunicarme el fallecimiento de su madre, y las pocas palabras que le pude ofrecer de consuelo, y el bellísimo poema «La flor azul», donde se nubla ese momento:

*Dónde la flor azul. En qué ladera
de la montaña crece o en qué calle
de la ciudad asoma su corola,
hecha de mar y cielo despejado
y pétalos de eterna juventud. (...)*

Como muchos «pocos» saben, soy de los escasos poetas que «malviven» en este país de la poesía. Soy profesor de Escritura Creativa especializado en esta materia desde 1997, y es muy probable que de esto sea culpable Luis Alberto. Él no se acordará —o sí— pero siendo director de la Biblioteca Nacional y con ocasión de regalarle una rara avis con un elefante en la portada que tuve a bien encontrarme ya no sé dónde, le manifesté mis dudas al respecto. Me ofrecían llevar en una academia un taller de poesía, algo rarísimo por entonces, pues ya se sabe que para ser bardo había que buscar un poeta senior despistado y darle la paliza o en su defecto, crear una tertulia. Su respuesta fue animosa y entusiasta, y como premio, desde entonces no pasa año que no le invite a mis clases para que nos lea, nos diseccione, nos enseñe los modos y las formas de su poesía. Y sé bien que él disfruta de lo lindo con estas sesiones.

Luis Alberto es un poeta de lenguaje sencillo, cercano y de metros y ritmos casi para bailar, pero sus poemas no se que-

dan en la superficialidad de un buen trabajo y una calidad sentimental. En su poesía hay mucho oficio, continuamente le va haciendo homenajes a sus clásicos, colocando una frase aquí y otra allá, llenas de cargas de profundidad, hasta en los poemas externamente más triviales. Recordad ese «parecido a la noche» que aparece en «El perro Nicanor», y que es puro Virgilio:

(...) *Parecido a la noche,
sombrío el corazón,
daba vueltas y vueltas
el perro Nicanor.* (...)

O ese recuerdo a Gudrun, la viuda de Sigfrido, negándose a llorar la muerte de su esposo, poetizado como un velorio contemporáneo, lleno de gracia y desparpajo, pero sin perder un ápice de dramatismo en su poema «Gudrúnarkvida».

*Carmen en estos casos se supera.
Se dispone a sufrir sin una lágrima.
No se golpea el pecho con las manos,
ni gime, ni los ojos se le nublan.
A su lado se sientan sus amigas,
todas muy maquilladas, con modelos*

*exclusivos y oscuros, lamentando
la muerte de Ricardo entre sollozos,
Carmen está tan triste que no llora. (...)*

La obra posterior de Luis Alberto, es decir sus últimos tres libros, *El reino blanco* (2010), *Cuaderno de vacaciones* (2014) y *Bloc de otoño* (2018) nos muestran un poeta mucho más sereno, un tanto cansado, quizá menos melancólico y un poco más triste. Quiero decir que este tipo de poemas, que siempre habían estado ahí, en su obra, aunque escritos desde el imaginario, ahora están contados por el poeta desde la edad cumplida. Y eso se nota. Y al mismo tiempo hacen que la hondura sea mayor.

El poeta ha empezado una etapa prodigiosa, una etapa que yo denomino en el aula, de «tripas», donde esa corriente subterránea que nos anunciaba Poe en su *Filosofía de la composición*, sale a flote sin más acompañamiento que la dulzura fingida de la retórica y el espejo cada vez menos cóncavo de la realidad. Me gusta mucho este poeta tímido, temeroso y valiente. Véase un fragmento del poema «Tristeza verdadera», de su último libro *Bloc de Otoño*, uno de los poemas con mayor dignidad, humildad y verdad que he leído.

*De joven, no sabía de verdad lo que era
la tristeza. Mis versos estaban impregnados
de falso desconsuelo, de una pena ficticia,
de una melancolía escenográfica.
Y ahora que soy viejo y estoy triste
de verdad, ya no puedo expresar en mis versos
todas las amarguras que devoran mi espíritu. (...)*

Los poetas, en el fondo, no hacemos otra cosa que repetir poéticas. Es decir esos poemas donde nos confesamos unos a los otros cómo escribimos, qué cosas nos importan más y de qué manera queremos decirlas. A veces, a menudo, pues somos mortales, lo disfrazamos con historias de amor, nos metemos en la piel del otro, aunque ese otro sea un personaje de ficción o un *cartoon*, como dicen los americanos, nos vamos a los lugares amenos de nuestra memoria o nos zambullimos entre la gente intentando pasar desapercibidos de nosotros mismos. Y todo por poca cosa: una sonrisa, algo de viento en la cara, un poco de comprensión en unos ojos ajenos. Y esto es la pura verdad.

Volveremos a vernos es el título de esta antología. Me ha costado un poco encontrarlo, pues cabe que Luis Alberto sea el poeta vivo más antologado de la Literatura Española, y otros

editores antes que yo han tenido el acierto de pisarme uno tras otro muchos títulos. *Volveremos a vernos* es para mi gusto uno de sus poemas más íntimos e intensos, y no lo voy a explicar, que eso es trabajo del lector. Mis alumnos se quejan de que no escribo libros donde desmenuce poemas o donde enseñe las técnicas de la escritura. Es verdad, soy poeta y me cuesta mucho extenderme en prosa para hablar de poesía. Escribo lo que me susurra la musa al oído, que tiende a ser poco aunque muy ajustadito y ellos, cada vez más a menudo, me graban en secreto en sus dispositivos móviles.

Por ejemplo hay un modelo de poema que a Luis Alberto le sale de perlas, un modelo que le gusta repetir con cierta frecuencia y que enmarca una poética personal. Un *locus amoenus*. Son poemas de dentro hacia afuera, donde el imaginario, la corriente subterránea, se desborda. Pero al tiempo contenidos, en un sutil *in crescendo*. El poeta desarrolla el poema desde una tesis primera con una serie de imágenes y anáforas que provocan un ritmo prosódico además del accentual. Una gran parte de estos poemas se construyen en endecasílabos o alejandrinos obligados. Y cuando termina el poema, los dos versos finales, aunque más frecuente el último verso recorta esa medida general, pasa a eneasílabo, heptasílabo o un verso menor. Se crea un efecto doble y genial:

el lector escucha en su oído y en su pensamiento palabra y mensaje. Unas veces dolorido, otras irónico, incluso ambas. Un escalofrío recorre nuestra espina dorsal, dándole valor a esa doctrina cernudiana donde advertía a los poetas para que la palabra más importante del poema fuera siempre la última. De estos poemas hay en todos los libros de nuestro poeta y yo me he atrevido a traeros un pequeño ramillete que habréis de descubrir.

Desde el día que conocí a Luis Alberto de Cuenca he querido hacerle una antología personal, muy personal. Es un sueño que gracias a Ilia Galán e Ignacio Méndez-Trelles Díaz, editores de Ars Poetica, he logrado cumplir. La felicidad me salta por las cinchas del caballo. Sólo espero que estas palabras y esta selección sean del agrado de mi maestro, y por supuesto de todos vosotros. Vale.

JESÚS URCELOY / octubre de 2018

SOBRE ESTA EDICIÓN

Los poemas de esta antología han sido seleccionados de la última edición de *Los mundos y los días. Poesía 1970-2005*. (Madrid, Visor 2012) que incluye todos los libros publicados por el autor salvo los tres últimos: *El reino blanco* (Madrid, Visor 2010), *Cuaderno de vacaciones* (Madrid, Visor 2014) y *Bloc de otoño* (Madrid, Visor 2018), todos ellos suministrados por el autor para este volumen. Las letras de las canciones *Soy especial* y *El príncipe encantado*, pertenecen a los álbumes de La Orquesta Mondragón *Bon Voyage* (Warner Music Spain, 1980) y *Bésame tonta* (Parlophone Spain, 1982) y han sido copiados para esta ocasión desde las carpetas interiores de los vinilos originales por Jesús Urceloy. Los poemas mantienen citas y dedicatorias y en algún caso se ha variado el título original para evitar al lector alguna incógnita. A petición del autor todos los poemarios y, dentro de cada uno de ellos los poemas escogidos, siguen el mismo orden con que fueron publicados.

SCHOLIA

1972/1978

AGAG DE AMALEQ

I SAMUEL, 15, 1-35

Agag, rey de Amaleq, fuerte guerrero,
recién vencido, y perdonado, dijo
para sí, arrodillando las palabras,
como quien rinde culto a la derrota:
«Se alejó la amargura de la muerte.»
Poco tiempo después, la daga curva
de Samuel trazaría en sus costados
el signo de la cólera divina,
profuso manantial de sangre noble.
Y del brillo inmortal de aquella frase,
solemne funeral de la esperanza
y de la fe, no quedarán destellos
en las antologías. Todo es humo.

LA CAJA DE PLATA

1979/1983

AMOUR FOU

Los reyes se enamoran de sus hijas más jóvenes.

Lo deciden un día, mientras los cortesanos discuten sobre el rito de alguna ceremonia que se olvidó y que debe regresar del olvido.

Los reyes se enamoran de sus hijas, las aman con látigos de hielo, posesivos, feroces, obscenos y terribles, agonizantes, locos.

Para que nadie pueda desposarlas, plantean enigmas insolubles a cuantos pretendientes aspiran a la mano de las princesas. Nunca se vieron tantos príncipes degollados en vano.

Los reyes se aniquilan con sus hijas más jóvenes, se rompen, se destrozan cada noche en la cama.

De día, ellas se alejan en las naves del sueño y ellos dictan las leyes, solemnes y sombríos.

CONVERSACIÓN

Cada vez que te hablo, otras palabras
escapan de mi boca, otras palabras.
No son mías. Proceden de otro sitio.
Me muerden en la lengua. Me hacen daño.
Tienen, como las lanzas de los héroes,
doble filo, y los labios se me rompen
a su contacto. Y cada vez que surgen
de dentro — o de muy lejos, o de nunca — ,
me fluye de la boca un hilo tibio
de sangre que resbala por mi cuerpo.
Cada vez que te hablo, otras palabras
hablan por mí, como si ya no hubiese
nada mío en el mundo, nada mío
en el agotamiento interminable
de amarte y de sentirme desamado.

BRILLANTE

Me dejó brocha, crema y una máquina
de afeitar en los bordes del lavabo.
Hice correr el agua fría, y dije:
«Anoche estuve a punto de violarla.»
«¿De verdad pensó en mí?», respondió ella.
No contesté. Seguí frente al espejo,
viviendo mi afeitado. Eran las once.
Podía verla al fondo de la alcoba,
resplandeciendo al sol de la mañana.